

Más de 30 huertos comunitarios son la respuesta madrileña a un urbanismo alejado de las personas

“Siembro tomates, cultivo amistades”

ANTONIO CERRILLO
Madrid

En la revolución de mayo de 1968, los jóvenes parisinos arrancaban los adoquines de las calles en sus protestas. Y con el 15-M, en Madrid cobró fuerza inusitada un movimiento ciudadano que buscaba rellenar con tomates, pimientos y berenjenas ese subsuelo que toda revolución debe redescubrir. Muchos madrileños han comprobado que debajo del cemento hay tierra que se puede sembrar. Que siempre quedarán rincones y huecos no asfaltados donde arrojar semillas. Al menos, hasta que llegue un nuevo ladrillazo y los tape.

El fenómeno de los huertos comunitarios ha dejado estampas singulares en la capital española. Frondosos bancales de madera con calabacines y berenjenas en la asfaltada plaza de la Cebada (metro La Latina); huertos pegados a campos de fútbol en el barrio obrero de Batán; o laderas con legumbres y verduras cultivadas junto al muro por donde pasa la vía del tren en Vallecas... Al frente de este movimiento está, entre otros, José Luis Fernández (*Kois*), un sociólogo treintañero responsable de los huertos urbanos de la Federación Regional de Asociación de Vecinos de Madrid (FRAVM).

“Sembramos tomates, cultivamos amistades”, dice *Kois* para resumir el intento de meter con calzador la huerta en los intersticios del impermeabilizado suelo de un Madrid cuarteado por vías rápidas, para reivindicar un nuevo urbanismo pensado para las personas.

La red de huertos comunitarios de la capital ha desarrollado más de 30 actuaciones con las que se han recuperado solares abandonados, espacios urbanos degradados, o zonas inservibles o en desuso. Viejos rincones infrutilizados se han convertido en jardines comunitarios autogestionados por los vecinos, en nuevos lugares de convivencia social.

La *onda expansiva* ha crecido sostenida tanto por iniciativas vinculadas al movimiento vecinal como otras relacionadas con grupos ecologistas, la universidad, centros de semillas o de experiencias educativas.

Los proyectos nacieron de orígenes diferentes, impulsados por personas que quieren aprender a cultivar, jóvenes que desean experimentar con un pequeño huerto, estudiantes que buscan adquirir conocimientos agronómicos o educadores que han instalado aulas de naturaleza en el barrio. Pero responden a circunstancias más complejas que el romántico fenómeno de los huertos espontáneos promovidos por parados inmigrantes que perdieron el empleo por la reconversión industrial a principios de los años 80. Tiene muchos más matices, y está más organizado.

“Los huertos comunitarios favorecen la convivencia en el barrio. Estamos an-

te una manera de generar espacios públicos, de encuentro, en los que los vecinos pueden relacionarse con el espacio de manera diferente”, afirma el dirigente vecinal. Los huertos surgen como una palanca de relación personal frente al urbanismo tradicional que dio la espalda al peatón en Madrid.

El espacio público en la capital madrileña está acabado; finiquitado. Ya no ofrece posibilidades para ser redefinido para mejorar el encaje de las personas. “Venimos de una ideología de grandes transformaciones urbanísticas, agresivas y costosas. Pero debemos pasar de esa cirugía traumática a una acupuntu-

ra urbana con intervenciones concretas, reversibles. Necesitamos pequeños pinchazos que sanen el conjunto del cuerpo, es decir, cambios modestos, pero que sean intensivos en relaciones sociales y valores comunitarios”, agrega *Kois* rememorando al urbanista brasileño Jaime Lerner. Y la respuesta estaba en el asfalto mismo; o, mejor dicho, debajo de él.

Muchos huertos comunitarios tienen aún un aspecto precario o de reciente consolidación. A veces, son espacios que han quedado en desuso al estallar la burbuja inmobiliaria o enclaves municipales cuya transformación se ha para-

nica o papel de los campesinos como cuidadores del territorio. No es casualidad que la mayor parte de los huertos creados sean de cultivos ecológicos o que estén relacionados con grupos de consumidores en busca de alimentos de proximidad y de temporada. “Son pequeñas escuelas de soberanía alimentaria”, dice *Kois*.

“Es absurdo pensar que con estos 30 huertos se puede pretender el autoabastecimiento, pero esto nos ayuda a entender un amplio abanico de problemas ambientales globales”, agrega. Aún así, los espacios agrícolas periurbanos, los huertos comunitarios y los cultivos en azoteas y terrazas podrían proporcionar el 7% de los alimentos, añade.

El huerto de Batán (era un descampado sucio y abandonado junto a un campo de fútbol) es uno de los que ha tenido más éxito. Surgió de una de las pro-

VOLUNTARIOS ALIADOS DE LA TIERRA (7)

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ, ‘KOIS’
Promueve los huertos comunitarios

UN SOCIÓLOGO TREINTAÑERO ES EL RESPONSABLE DE LOS HUERTOS URBANOS DE LA FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES DE VECINOS DE MADRID



EMILIA GUTIÉRREZ

Kois, junto a su querida ladera con legumbres y verduras cultivadas junto al muro por donde pasan las vías del tren en el barrio de las Adelfas (Vallecas)

La agricultura urbana, un fruto del 15-M, aúna el interés por los espacios compartidos y la ecología

Los huertos reúnen a inmigrantes, abuelos y niños, que abrirán más huecos en el asfalto

lizado por la crisis y los recortes, pero son aptos para acoger huertas provisionales. “De todas maneras, también queremos que haya espacios permanentes en los que se reconozca la horticultura como una figura o categoría urbanística por favorecer la convivencia”, agrega.

La irrupción de los huertos comunitarios ha sido un soplo de aire fresco y ha sembrado nuevas inquietudes entre los jóvenes. En el del barrio de Batán (que nos enseña *Kois*), algunos de sus promotores confiesan que no tenían ni idea de agricultura cuando empezaron. En cambio, un año después saben sobre manejo agrícola, rotación de planta o recolección de las propias semillas.

Todo eso ha abierto las puertas a corrientes que representan nuevas preocupaciones que se dirigen extramuros de la ciudad: la soberanía alimentaria (diversidad en las semillas frente al monocultivo de la industria agroquímica y el uso de pesticidas), la comida transgé-

puestas de una de las asambleas del 15-M. Convertir una zona yerma en un lugar frondoso ha permitido visualizar en poco tiempo una nueva realidad. Se recogen pimientos, judías, patatas, maíz, espinacas, calabacines... El lugar ha generado una gran participación social. Una asamblea planifica las continuas ampliaciones de zonas cultivables y la compra de semilla ecológicas (con una aportación personal de cinco euros al mes). Una treinta de vecinos se va turnando (compartiendo un Excel en internet), y los domingos se reparten la cosecha a partes iguales. El huerto atrae a los inmigrantes de la zona, que quieren echar una mano; a los abuelos ociosos con ansias de charla; a los indigentes que descubren el autoabastecimiento, y a los niños del barrio, que tienen aquí juegos, convivencia con los mayores y una escuela de naturaleza para que, cuando sean mayores, abran más huecos en el asfalto.